

"Buenas noches mundo, ancho pestilente mundo; no eres tú, soy yo quien da el portazo, puesto el largo talego, con el llameante remiendo amarillo, orgulloso el paso, por mi propio mandato, vuelvo al ghetto..." (Iakov Glatstein)

EL DISTINTIVO. VARSOVIA, ENERO DE 1940

Los ojos del abuelo Mordejai...

Azul profundo, apenas veteado de otro azul, ligeramente más claro. Ojos grandes y oscuros. Con pestañas largas y el blanco muy blanco.

Yoel parpadeó frente al espejo, ante el reflejo de su propio azul. Llevaba oyendo lo del extraño color de los ojos del abuelo desde que podía recordar, y siempre había sentido una especie de íntima complicidad con él por aquella coincidencia entre ambos, única en la familia. Abrochó el último botón de su camisa limpia, se recolocó los tirantes y se peinó con un poco de colonia de la que Abraham guardaba en el cuarto de baño. ¡Listo!, pensó sonriendo a su propia imagen.

—Abraham, si no me necesita me voy ya —hizo un último gesto al espejo, como de conformidad con su aspecto y, tranquilamente, ordenó las cosas en el aparador. El peine, la colonia, la pastilla de jabón y la loción de afeitar—. ¿Abraham...?

Se asomó al taller, pero estaba vacío. Su patrón debía estar ordenando las telas en la tienda, era muy probable que no le hubiera oído. Salió a buscarle.

—Abraham, deje que haga yo eso.

Le quitó de las manos la pesada pieza de cretona marrón y la devolvió a su estante. El anciano resopló aliviado y se atusó los pelos canos de la barba.

—*A dank*, Yoel. Muchas gracias, hijo. ¿Decías algo?

—Que si no le importa, me voy ya.

—Ah, sí, sí... puedes irte, *yingeht*¹. A celebrar, ¿no?

—Sí —Yoel cogió su abrigo de encima de la silla y sacó el brazalete del bolsillo. Lo miró y volvió a guardarlo donde estaba—. He quedado con un amigo.

—¿No te lo pones? —dijo Abraham.

—Si lo hago no podré subir al tranvía y no es cuestión de ir andando con esta ventisca. Me lo pondré luego.

—*Mazel tov* otra vez, muchacho, felicidades. Y ten mucho cuidado.

—Usted también. ¿Quiere que haga algo más antes de irme?

—No, hijo, no, vete ya. *Biz morgn*².

—*Biz morgn*, Abraham.

¹ En yiddish: *Chico*.

² En yiddish: *Hasta mañana*.

En el recibidor de su casa, Andrzej se arregló el pelo frente al espejo haciendo gala de una concentrada tozudez. Estaba tan nervioso que parecía especialmente incapaz de someter el maldito remolino que siempre se formaba en su frente. Frustrado, lo dejó por imposible y cogió de encima de la cómoda el pequeño paquete envuelto en papel de colores. Se alejó un poco para tener algo más de perspectiva, y se dio la vuelta, mirándose por encima del hombro. Los pantalones le quedaban perfectos después de que su madre se los hubiera alargado. Se miró otra vez de frente y evitó a propósito fijar la vista en su flequillo. Fracasó. Con redomada energía volvió a intentar doblegar, ayudándose con un poco de colonia, el bucle rebelde y, una vez más, se dio por vencido. Se encogió de hombros, le sacó la lengua a su propia imagen y decidió que ya era suficiente y que, con remolino o sin él, lo importante era no llegar tarde. Además, a Yoel le gustaba.

Miró el paquete y, anticipando emocionado la alegría de su destinatario cuando lo abriera, lo guardó con mimo en el bolsillo de su abrigo. El acto le evocó la danza de dedos que tenía lugar dentro de ese mismo bolsillo, o en el de Yoel, cada tarde y sonrió recordando esos tímidos pero arriesgados escarceos en plena calle. Su compañero se veía obligado a llevar, desde el mes de diciembre, un distintivo en su brazo derecho. Un brazalete blanco con la estrella de David en color azul, ocho centímetros de punta a punta y un centímetro de grosor en cada una de esas puntas. Así, ni más ni menos. El gobernador Fischzel había dejado bien claro hasta el último detalle y Andrzej deseaba que mal rayo le partiera cada vez que lo veía en el brazo de su compañero. O que no lo veía. Porque Yoel lo llevaba con orgullosa dignidad dentro del barrio judío, pero cuando quedaba fuera con Andrzej se lo quitaba, no quería que él tuviera que avergonzarse de ir al lado de un *jude* por la Varsovia aria. Andrzej odiaba el brazalete, pero no se avergonzaba. Siempre reñía a Yoel por quitárselo, porque era peligroso. Pero Yoel se limitaba a mirarle y a sonreír, y Andrzej perdía la batalla. A menudo podía palparlo, escondido y plegado cuando estrechaba su mano cálida dentro del bolsillo de su abrigo. Allí las manos se apretaban y los dedos se entrelazaban, se acariciaban las palmas, las muñecas, los nudillos. Yoel le decía que debían tener más cuidado, porque a veces se olvidaban de que estaban en una calle demasiado concurrida o de que alguien les miraba, extrañado de que dos jóvenes varones anduvieran en público tan juntos. A lo mejor hoy también hacía que Yoel metiera la mano en su bolsillo y así encontrara el paquete. Con la que estaba cayendo nadie se fijaría en ellos y sería una forma divertida de darle su regalo.

Yoel caminó hasta la parada del tranvía estrujando el brazalete en su bolsillo. Miró a la gente, taciturna y presurosa, encorvada sobre sí misma para esquivar los copos furibundos de la nevada que caía, incesante, desde el día anterior. Casi todos con el distintivo en la manga. Casi todos huraños, o tristes, o las dos cosas.

Él sin embargo estaba contento, era veintidós de enero y cumplía veinte años. Hasta el momento no había sido un mal día, por la mañana le habían felicitado su madre y sus hermanos, después, ya en la sastrería, había aparecido la esposa de Abraham, la regordeta Ethel, con una bandeja de *farfelej*³, y mientras los tres comían, Abraham le había bendecido con una larga y próspera vida. Y ahora tocaba el turno de celebrarlo con Andrzej. Debería ser él quien invitara, pero Andrzej se había empeñado en llevarle a una de esas cafeterías en las que él se imaginaba a sí mismo a menudo. Mesas de mármol y paredes de madera, humo de tabaco, espejos tras la barra. Camareros vetustos y mujeres elegantes. Un lugar donde pedir un café, olvidarse de todo, y escribir. Escribir sin pensar en el tiempo ni en la guerra a diferencia de ahora, de la noche anterior, sin ir más lejos, en la que, a pesar de todo, había sido emocionante escribir sobre ella, sobre su amiga, sobre Gaddith. Algún día se lo enseñaría a Andrzej. Pero antes, tendría que presentársela.

³ Pasta tostada con cebolla.

Sopló sus dedos ateridos y metió las manos en los bolsillos. Ahí estaba el tranvía. Aliviado por el repentino bochorno del apretujamiento, se agarró al pasamanos y se dedicó a disfrutar del anonimato y del balanceo del viaje. Aún le quedaban varias paradas, las suficientes para entrar en calor.

Andrzej terminó de abrocharse el abrigo y descolgó la bufanda del perchero de la entrada, se la enrolló alrededor del cuello y volvió a palpar el pequeño envoltorio en su bolsillo, como para asegurarse de que seguía allí. Satisfecho, miró por la ventana. Nevaba con fuerza y empezaba a oscurecer, Yoel estaría a punto de terminar su larga jornada en la sastrería. Lo imaginó lavándose la cara y las manos y arreglándose el pelo frente al espejo del minúsculo cuarto de baño, en la trastienda, y luego despidiéndose de Abraham. O tal vez ya estaba en el tranvía. ¿Llevaría el distintivo? Esperaba que no hubiera tenido problemas. Se aseguró de que llevaba las llaves y la cartera. Quería invitarle a un café y un bollo en una de las señoriales cafeterías de la avenida, donde se reunían los escritores y hablaban durante horas en eso que llamaban tertulias. Quería hacerle sentir especial, aunque no tenía ninguna duda de que ya lo era sin necesidad de su intervención. Para él por lo menos. Para él era un hallazgo, un tesoro que había encontrado sin esperarlo. Sonrió, recordando aquella tarde en el paseo en que Yoel había atinado con el alias perfecto para sí mismo, entre risas y mordiscos a una mazorca asada.

—*Vale de acuerdo, si quieres seré tu Mitzijeh.*

—*¿Mi qué?*

—*Tu descubrimiento, tu revelación.*

—*¿Como cuando uno encuentra un tesoro?*

—*Algo así.*

—*Mitzijeh... me gusta...*

Después le imaginó en el café, abriendo su regalo, mirándolo asombrado y sonriendo, con esa sonrisa suya que le hacía temblar por dentro y por fuera. Era lo que más le gustaba de Yoel, su sonrisa. Bueno, su sonrisa y sus ojos. Eso, junto con su forma de ser. Y también lo que le había impresionado aquella vez en el parque. Otra de las cosas que le hacían ser alguien tan especial. El motivo por el que su regalo de cumpleaños era el que ahora guardaba en su bolsillo, y no otro.

Había sido una tarde de verano y todavía estaban en esa estimulante fase de conocimiento del otro. Mientras chupaba el cucurucho de su helado de fresa, Yoel, con la naturalidad que siempre sorprendía tanto a Andrzej, le había dicho: *Quiero ser escritor, para seguidamente puntualizar, bueno, ya soy escritor.* Andrzej en el acto le había admirado por ello. Desde aquel instante había depositado en Yoel una entusiasta carga de devoción y confianza que, con el tiempo, no había hecho sino aumentar. Y ahora, se lo quería demostrar. No sólo que le amaba, sino que él también estaba allí para compartir su sueño. Que podía contar con él. Que confiaba en su talento y en que llegaría a ser lo que quería ser, y que él iba a estar a su lado en ese viaje.

—¡Mamá! —llamó—. Me voy ya. Volveré tarde, no me esperéis a cenar.

Su voz resonó en las paredes del larguísimo pasillo y él esperó la respuesta.

—¡Mamá! ¿Me oyés?

En lugar de la voz de su madre, escuchó sus pasos aproximándose. Milova apareció detrás de las cortinas de terciopelo envuelta en la cálida bata rosa de estar por casa. Era rubia, como él, y siempre sonreía, como él. Se acercó a su hijo y le arregló el cabello a su manera, volviendo a lidiar con el pertinaz remolino.

—¿Con quién has quedado, Andrzej? ¿Alguna chica?

—Mamá...

—Ya sé, ya sé... pero estoy deseando que me presentes una novia bonita y cariñosa. ¿Sabes que la del tercero ha tenido un nieto? y Alicja y tú sois ya tan mayores...

—No somos tan mayores, Alicja solo tiene dieciséis. Y en todo caso tú eres demasiado joven todavía para tener nietos, mamá. He quedado con Yoel para ir al cine, hoy es su cumpleaños —le dio un beso y abrió la puerta—. No me guardes cena. Y echa el cerrojo hasta que venga papá.

Su madre abortó a tiempo una protesta y, con un suspiro resignado, cerró la puerta. Demasiado Yoel, le parecía a ella. Y ninguna chica todavía. Paciencia, suspiró, todo llegaría. Y más para un chico tan guapo como su hijo. Sólo era cuestión de no querer poner alas al tiempo.

Nada más cerrar la puerta, Andrzej sintió en el centro del pecho el mismo vago malestar que le asaltaba cada vez más a menudo. Cada vez que salía de casa le parecía que estaba despidiéndose poco a poco de su vida anterior, de su infancia y de ese aroma familiar que siempre había conocido, y que dejaba de percibir en cuanto llegaba al portal. Sintió lástima por su madre, porque creía que ella también lo sentía. Podía notarlo en la inquietud con que le arreglaba el pelo, o en que últimamente le sonreía sólo con la boca y no con los ojos, o en cómo se le quedaba mirando desde la puerta. Andrzej sospechaba que para Milova él, al igual que su propia juventud y que todas las cosas que hasta ahora le habían servido de sostén, cada vez estaba más lejos. Y, al menos en lo que a él respectaba, era cierto.

Bajó los escalones con más prisa que cuidado. La mirilla del primero derecha se descorrió a su paso y un ojo amedrentado y receloso se asomó, para volver a retirarse al comprobar que sólo era el hijo de los Püschel quien bajaba a zancadas, armando escándalo. Andrzej, ni siquiera se dio cuenta. Llegó hasta la portería canturreando para intentar tapar las voces de la nostalgia, fragmentos de algo clásico que seguramente habría escuchado en casa de Yoel, y después de comprobar que el paquete seguía en su bolsillo, abrió la puerta de la calle. ¿Cuándo habían empezado a cambiar las cosas en realidad? ¿En septiembre, desde la invasión, o antes, cuando había vuelto a encontrar a Yoel? Andrzej no tenía ninguna duda, para él habían cambiado en verano, con la llegada de Yoel.

Era sábado, un sábado de julio de 1939.

Andrzej acababa de jugar las semifinales del torneo de fútbol en el parque y estaba radiante. Finalmente su equipo había ganado y él iba a conseguir el par de botas nuevas que su padre le había prometido a cambio del triunfo. Los jugadores marchaban hacia los vestuarios riendo, felicitándose y dándose azotes con las toallas los unos a otros, celebrándolo. En el borde mismo del campo, algo llamó la atención de Andrzej, algo lo suficientemente interesante como para interrumpir su bullanguera marcha: un chico de aire soñador, sentado en el terraplén, bebiendo un refresco y supuestamente observando el ya finalizado encuentro. Pero sobre todo el hecho de que ese chico era Yoel, su antiguo compañero de clase.

Desde que Bilak había dejado el colegio al morir su padre, cuatro años atrás, Andrzej no había vuelto a verle. Ahora le tenía delante de nuevo y evocó su presencia en el aula sombría, dos pupitres a la derecha del suyo. Yoel Bilak siempre había sido un alumno silencioso y apacible. Reconoció su rostro amable, atractivo e invariablemente sereno, enmarcado por un pelo brillante y suave, de color castaño. Los ojos azules, de un extraño azul, oscuro y profundo. Ojos sin duda sinceros y francos, prestos tanto a la confianza como al silencio.

Se apartó del ruidoso corro de jugadores y se acercó a él, secándose el sudor con la toalla.

—Hola, Yoel. Porque tú eres Yoel Bilak, ¿verdad? El Yoel del colegio.

Aparentemente, su presencia había cogido a Bilak desprevenido porque, después de mirarle desde el suelo, se volvió de nuevo hacia su naranjada, sorbió con demasiado estrépito por la paja mordisqueada, y se levantó. Pero si realmente se había sobresaltado pareció necesitar sólo un ligero esfuerzo para recuperar la compostura; sonrió, se secó la mano en el fondillo de los pantalones y, con un gesto que a Andrzej se le antojó fácil y natural, se la tendió.

—Hola... sí, soy el Yoel del colegio. Y tú eres el Andrzej del colegio.

—Caramba... —Andrzej estrechó su mano pero no se sintió ni natural ni fácil. La mano de Yoel estaba caliente, y era suave.

—Caramba, ¿qué?

—Que se te ve... diferente.

—¿Tanto he cambiado en cuatro años?

Andrzej soltó la mano de forma un tanto apresurada cuando le pareció que la estaba reteniendo demasiado y pensó que, o efectivamente Bilak había cambiado mucho, o él había estado algo cegato en la época escolar. Había crecido, claro. Y parecía más... solemne; también su voz había cambiado, como si saliera de algún lugar profundo y secreto, resultaba casi seductora. Sus ojos parecían más azules y sus pestañas más largas. Su mandíbula se dibujaba, nítida y desafiante, en medio de un rostro todavía aniñado, y sus gestos... tenían algo. Como si deliberadamente y a la vez sin darse cuenta, dotara a cada uno de sus movimientos de una cadencia especial, una especie de armonía etérea, una singularidad muy sutil, que Andrzej no había visto hasta ahora en ninguno de los chicos que conocía. Una que le estaba haciendo sentir raro, como fuera de lugar.

Azorado, jugueteó con la toalla, retorciéndola y volviéndola a estirar para tratar de disimular no sabía qué, porque era algo que ni él mismo acertaba a explicarse. Se reprochó el estar dejándose dominar otra vez por ese tipo de extravagancias, disparates que creía superados, como estigmas de un tiempo muy lejano.

—¿Püschel...?

La cara le ardió. Rápidamente, trasladó su mirada a algún lugar neutro entre la nariz y las orejas del chico, porque no estaba muy seguro, pero tenía la sensación de que había estado contemplando con descaro otras partes más comprometidas. Rogando porque Bilak tomara su rubor como la consecuencia del sofoco del ejercicio, recompuso su porte de machote y, obligándose a una actitud más sensata, contestó con forzado aplomo.

—Bueno... en realidad, no has cambiado demasiado. ¿Has venido a ver el partido o al baile?

—Pues... —Yoel jugueteó con la botella ya vacía de su naranjada y se encogió de hombros—. A ninguna de las dos cosas, ni siquiera sabía que había baile. Vine al concierto. Mozart. ¿Te gusta Mozart?

Andrzej fue consciente de su propia expresión ambigua, y de que a Yoel le acababa de quedar claro que ni Mozart ni la música eran uno de sus pasatiempos preferidos. Fue evidente que quiso evitarle algún tipo de incomodidad, porque en el acto cambió de tercio.

—No sabía que seguías jugando al fútbol. Quiero decir... en el colegio lo hacías, pero...

—No podías saberlo, hace mucho que no nos vemos.

—Claro.

Por un momento Andrzej no supo qué más decir, aceptó un pitillo lanzado con habilidad por un compañero y, agradecido por tener algo que hacer aparte de estrujar la toalla, lo encendió.

—No recuerdo que tú jugaras muy a menudo —comentó al fin—. Más bien me suena tu imagen leyendo, sentado en las gradas y mirando de reojo cómo jugaban los demás chicos.

Yoel enrojeció ligeramente, y Andrzej se preguntó qué habría dicho. Yoel tiró a la papelera el botellín vacío; Andrzej no podía saber que, junto con el envase, también había arrojado al bruto de último curso que le había llamado nena y princesita y le había tirado los libros a un charco cuando él sólo tenía trece años, en medio de un corro de bravucones de diecisiete.

Casi sin darse cuenta comenzaron a caminar juntos hacia los vestuarios.

—Prefería leer, sí. Y lo sigo prefiriendo. Aunque siempre he admirado a los deportistas. Por la fuerza de voluntad, la resistencia física, y todo eso.

—Bah... no te creas, sólo hace falta que te guste más correr que estar sentado estudiando durante horas. Entonces, si consigues ser un poco bueno, destacar en algún deporte, parece que los adultos te perdonan que no seas lo que ellos esperaban de ti —le guiñó un ojo—. Supervivencia del mal estudiante, amigo.

—¿Estudias?

—Medicina, ¿Y tú?

—Yo no. Trabajo en una sastrería desde que murió mi padre.

—Oh... vaya, lo siento.

—Bueno... —suspiró Yoel—. Me voy a dar una vuelta hasta que empiece el concierto, y supongo que tú tendrás que ducharte y celebrar la victoria. Así que... te dejo. Quizá volvamos a vernos otro día.

—Espera... —la mano quedó colgada en el aire—, a lo mejor podrías esperar a que me cambie y damos esa vuelta juntos, no tengo nada mejor que hacer. Bueno, quiero decir que... no me apetece celebrar nada. A lo mejor, si a ti no te importa, posiblemente... me gustaría escuchar a Mozart. Puede ser interesante.

Ahora le tocó a Yoel el turno de sonreír con condescendencia.

—Mozart es muy interesante, Andrzej. Pero, ¿estás seguro de que te apetece? Podemos vernos en otra ocasión. No hace falta que pasen otros cuatro años, vivimos en la misma ciudad.

Luchando por disimular su decepción, Andrzej tiró la colilla al suelo y la aplastó con el pie; acostumbrado al éxito social, rara vez la gente no caía rendida de placer si era él quien proponía una cita inesperada. Pero esta vez, algo arañaba en algún lugar de su pecho de forma diferente a como lo hacía la frustración del capricho no obtenido. Se apartó el pelo sudoroso de la cara y se colgó la toalla de los hombros.

—Creo que sí me apetece. ¿Espérame, vale? Solo tardaré diez minutos.

Yoel se sentó en una piedra mientras le veía desaparecer por la puerta de los vestuarios. Más adelante Andrzej sabría que a Yoel no le gustaba hacer planes. Que, desde muy pequeño, había empezado a tomar conciencia de cómo eran las cosas para él, y que se limitaba a tomar la vida tal y como iba viniendo, sin alborotos ni aspavientos. Tal vez porque empezaba a acostumbrarse a que los planes, demasiado a menudo, no salían como él los había imaginado. Jugó a hacer dibujos en la tierra con el pie mientras le esperaba. Al salir de los vestuarios, algunos de los compañeros del equipo de Andrzej se le quedaron mirando; el chico que esperaba a Püschel les había llamado la atención. Ninguno hizo comentarios al respecto.

Esa noche, Mozart deleitó a Yoel y aburrió a Andrzej, quien sin embargo ni siquiera se permitió un amago de bostezo. De hecho, poder contemplar de reojo el rostro de Yoel durante las dos horas largas del concierto, compensó con creces el "sacrificio" realizado. Aunque luego no consiguiera dormirse hasta después de bastantes horas, muchas vueltas en la cama y cientos de cavilaciones, a cual más desconcertante.

Desde aquel día se habían convertido en adictos el uno al otro. Tan diferentes y tan imprescindibles mutuamente como el agua y la arena, o como la leña y el fuego. No había concierto, partido o simplemente largas caminatas a pie que no compartieran. Y lo que era más importante, de la mano de Yoel, Andrzej se había empezado a atrever a descubrirse a sí mismo, en ocasiones poco a poco, a trompicones otras. Y se estaba acostumbrando a asustarse cada vez con menos intensidad y con menos frecuencia de su verdadera, y hasta entonces deliberadamente ignorada, naturaleza.

Definitivamente, concluyó Andrzej, todo había cambiado a partir de ese día de julio.

El frío del enero varsoviano le mordió con fuerza, devolviéndole al presente. Andrzej se subió el cuello del abrigo, ajustó más la bufanda alrededor de su garganta, y metió las manos en los bolsillos.

—Demonios... seguro que esto también es cosa de ese jodido Hitler.

La nieve caía furiosa, irascible, casi colérica. Le parecía que hasta las nevadas eran más amables en su infancia, cuando Alicja y él salían con el trineo a deslizarse por la calle Warecka. Cuando la vida en su amada Varsovia todavía no se había convertido en algo parecido a un juego de psicópatas pasados de vodka, y él todavía no tenía pesadillas de las que despertaba aterrado de culpabilidad, porque esos psicópatas eran sus propios compatriotas. Ahora la nieve, antipática y hosca, cubría la devastación y los cascotes que las bombas habían dejado aquí y allá, desperdigados por toda la ciudad.

Habían quedado en el centro, en la parada del tranvía que traería a Yoel desde la calle Mila, donde trabajaba. Allí esperó, aterido, dando patadas al asfalto cubierto de nieve

sucia, hasta que vio aparecer la silueta roja del vehículo que, renqueando como un vejete asmático, se acercaba despacio. Trató de atisbar el interior iluminado para ver si venía Yoel, pero, sobre todo, por si le pillaba enfrascado en la lectura de un libro y se saltaba la parada. De hecho, no sería ni la primera vez ni la última que algo así le ocurriera. Pero esta vez hacía demasiado frío para que resultara gracioso, y si lo veía pasar de largo, por todos los diablos que le retorcería el cuello. Si antes no moría él congelado, claro.

Afortunadamente vio su silueta de pie, agarrado al pasamanos. Gracias al cielo estaba preparado para bajar. Agitó la mano en el aire para llamar su atención y sonrió ampliamente. Cada vez que veía a Yoel le parecía un milagro. Le parecía un milagro el hecho de que después de seis meses, todavía se sorprendiera al contemplar su belleza tranquila. Como también se lo parecía sentir ese cosquilleo en el centro mismo del vientre cuando pensaba que era suyo... y sobre todo, juzgaba un prodigio tener tanta suerte, saber que Yoel le amaba. Sólo a él.

El tranvía paró con un chirrido infernal. Los helados ciudadanos, que esperaban arrebuajados en sus abrigo, se amontonaron en la puerta dificultando la salida de los que bajaban. Yoel sorteó a la gente y, de un brinco, bajó los tres escalones y aterrizó en la nieve, frente a Andrzej. Para ser un jodido ratón de biblioteca estaba bastante en forma, pensó éste. Se descubrió mirándole con ostensible deseo, y ansió poder estrechar la tibia piel que se escondía bajo esa montaña de ropa invernal.

Pero, en lugar de eso, se acercó y le palmeó la espalda. El gesto era decididamente mucho más masculino y más correcto para la Varsovia de 1940 que si hubiera hecho lo que realmente le apetecía, comerse a besos sus labios y apretarle contra su cadera, abarcando con las manos sus nalgas firmes. Sí... pensó Andrzej tragándose las ganas, eso era justo lo que le apetecía hacer.

—¡Felicidades, *Mitziyeh!* —se permitió una concesión y le lanzó un disimulado beso por el aire, a prueba de miradas reprobadoras, que Yoel recogió con un fruncimiento de los labios y una sonrisa juguetona.

—Gracias, campeón —Yoel se arrebujó en su abrigo y empezaron a caminar calle arriba, hacia los cafés de Swietokrzyska—. Casi me muero de frío esperando el tranvía.

Andrzej quiso estrecharle contra su cuerpo, pero siguió caminando a su lado, encogido por el frío y por la contención.

—¿Cómo está tu madre? ¿Sigue resfriada?

—Bueno, está algo mejor. El médico vino esta mañana y volvió a repetirme lo de siempre, que se tome el jarabe, que descanse... pero ya sabes cómo es.

—Sí... —desde que la había conocido cuatro meses atrás, Andrzej siempre recordaba a Hannah tosiendo y nunca descansando. Morena y delgada, le había impresionado sobre todo el fegonazo de energía que irradiaban sus ojos, aunque según Yoel, esa mirada era mucho más triste desde que había enviudado. La próxima vez que fuera a su casa le llevaría un tarro de miel de la que guardaba su madre en la despensa. En casa había muchos botes, por uno que cogiera, Milova no se daría cuenta.

La voz de Yoel sonó a su lado, entrecortada por la tiritona.

—¿Adónde me vas a llevar? Espero que esa sorpresa que me guardas sea algo caliente. O al menos, que me la des en un sitio caliente.

Andrzej tuvo que volver a reprimirse. Caliente estaba él a pesar de los ocho bajo cero que marcaba el termómetro de la barbería que acababan de pasar.

—Yoel... —se paró y le miró fijamente, luego miró a ambos lados de la calle y le arrastró a un callejón sin tráfico, lleno de cubos de basura y automóviles aparcados medio sepultados por la nieve—, *Mitziy...* —le sujetó contra un Volkswagen negro y le besó frenético. Un beso corto y furtivo, insuficiente—. Necesito hacerlo. No puedo estar toda la vida metiéndote mano en la última fila del cine, como si fuéramos dos...

Yoel le acalló acariciándole la mejilla. Sentía el frío húmedo del coche a su espalda traspasar la lana del abrigo.

—Tendremos un sitio, Andrei, te lo prometo. De hecho... tal vez ya lo tengamos.

—¿Qué...? —Andrzej abrió la boca, pasmado, y enseguida se formó en ella su habitual sonrisa—. ¿Lo dices de verdad?

—Lo digo de verdad. Vamos a un lugar más acogedor, donde pueda hablar antes de morir congelado, y te lo cuento.

Arrastró a Andrzej tirando de la manga de su abrigo y volvieron a la avenida. Enseguida estuvieron sentados en un agradable y caldeado café, Yoel con un tazón humeante de chocolate y un bollo delante, y Andrzej con un vaso de vodka y otro de agua.

—Vamos, cuéntame.

—Pues se trata de...

—¡Espera! Antes tu regalo.

Andrzej palpó el paquete y recordó que había pensado dárselo en la calle, con el juego del bolsillo. Pero entre el intenso frío y su propio arrebato, se le había olvidado. Encendió un cigarrillo, bebió su vodka de un solo trago y, con un gesto al camarero, pidió otro. El hombre, casi tan viejo como el local, de pelo blanco y delantal negro hasta las pantorrillas, les miró algo receloso. El rubio... no estaba seguro, no lo parecía, pero el moreno era afeminado, sin duda. ¿Serían de esos que hacían porquerías en los cines y los parques? Se miraban de una forma que no le gustaba nada. Que no viera esas manos desaparecer debajo de la mesa o les arrojaba a la nieve. Vaya que sí.

Con un bufido dejó el vodka frente al rubio y recogió las monedas. Andrzej se dio cuenta de la mirada reprobadora. Conocía muy bien ese tipo de mirada a fuerza de haberla visto cientos de veces los últimos meses, cuando estaba con Yoel. Algo en ellos proclamaba a los cuatro vientos su condición, estaba seguro. Tal vez la dulzura de Yoel, o la forma en que él le miraba. O los esporádicos y furtivos roces de manos que rara vez se permitían en público. O, no pudo evitar sonreír, esa forma de caminar, demasiado juntos, cuando sus manos jugaban en secreto en el bolsillo del abrigo de uno de los dos.

¡Al diablo! Andrzej se encogió de hombros y, como siempre que hacía ese gesto, volvió a dejar escapar a su yo rebelde. Deseó más que nunca poder besar a Yoel. Era su cumpleaños, maldita sea. Y se querían. Miró a la mesa vecina, donde una pareja se comía con los ojos cogida de las manos, sin que por su mente pasara ni la sombra de la duda sobre si lo que hacían estaba bien o mal. El camarero no parecía ni la mitad de interesado en esa pareja que lo estaba en ellos dos. Intentando contener su furia, hundió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó el paquete.

—Para mi escritor favorito. Ojalá escribas algo bonito para mí algún día, *Mitziyeh*. Algo que no olvide nunca.

Yoel lo cogió, y los dedos de Andrzej rozaron los suyos durante unos segundos. Afortunadamente, el camarero estaba de espaldas.

—Gracias... —lo abrió despacio, saboreando cada segundo, rasgando el papel con placer. En ese momento, decidió que todo lo que escribiera, lo que ya estaba escribiendo, sería para Andrzej. Todo—. Gracias, Andrei.

Le había comprado esa pluma tan bonita que habían visto juntos en la librería de Jacob, de la que Yoel estaba casi tan enamorado como de él. La negra y plateada. Emocionado, le imaginó ahorrando hasta el último zloty⁴ durante semanas. De hecho se había extrañado al observar que fumaba mucho menos y caminaba mucho más, sin sospechar que, moneda a moneda hurtadas al humo y al tranvía, Andrzej aspiraba a darle la sorpresa de su vida ese veintidós de enero.

—Te ha... te ha debido costar... carísima —le miró con ojos húmedos—. Nunca en mi vida había tenido un regalo tan... especial.

⁴ Moneda polaca.

—Tú eres el regalo especial, Yoel.

Yoel sonrió, enamorado hasta ahogarse.

—Te quiero...

Andrzej le devolvió la sonrisa y le guiñó un ojo.

—Yo también te quiero. Y ahora, demuéstramelo y cuéntame ya esa noticia tuya.

—Verás —Yoel se hizo el misterioso. Sin dejar de rodar y acariciar la pluma entre sus dedos, se inclinó hacia él—, tengo una amiga, Gaddith, que se ha venido a vivir a Varsovia y... tiene un piso.

—¡Y...! ¡Nos lo presta!

—Pues sí —concluyó triunfante—. Nos lo presta.

—¡No puedo creerlo!

—Pero sólo puede ser los fines de semana, que es cuando ella se va a Lowicz a casa de sus padres. El domingo por la noche vuelve y todo debe estar en orden. Son sus condiciones. Ah... y yo debo estar en casa para el Shabat, ya lo sabes. ¿Qué te parece?

—¿Que qué me parece? ¿Dónde está esa criatura celestial? Quiero conocerla, tengo que besarle los pies y decirle que la amo. Y tú puedes celebrar tu Shabat siempre que luego celebres conmigo algo un poco más... excitante.

—Eres tonto...

Yoel le dio un cachetito y de inmediato Andrzej miró de reojo a su alrededor. En la mesa de al lado, unos hombres que acababan de entrar hablaban a los que ya estaban esperándoles de forma demasiado apresurada y ruidosa, mientras se quitaban los abrigos. Enseguida se dio cuenta que no era porque el gesto de Yoel hubiera sido detectado y censurado, que su agitación se debía a otros motivos muy diferentes.

—¿Qué pasará? —dijo inquieto, aguzando el oído—. Tú estás más cerca. ¿Puedes entender algo de lo que dicen?

—A ver, espera... hablan de... desavenencias entre la Gestapo y la Wehrmacht... algo de un... ghetto... —tragó saliva—, en el barrio de Praga, al otro lado del Vístula —sus ojos se tiñeron de temor—. Andrzej... *Az och un vai!*

—¿Qué...?

—Que tengo un mal presentimiento.

—Calma, *Mitziy*. Seguro que sólo son rumores sin fundamento —el dato mortificante de un supuesto ghetto en Piotrkow Trybunalsky que su amigo Otto le había comentado el día anterior en la facultad, volvió a su mente con fuerza, desbancando de un manotazo sus anteriores temores, que ahora se le antojaban tan ridículos como cuentos de viejas. Con una agudeza casi dolorosa, deseó poder estrechar la mano de Yoel y besar sus dedos, acariciar su mejilla, ahuyentar su miedo—. No te preocupes. No va a pasar nada...

Yoel quería creerle, pero se tomó el chocolate con más prisa de lo que le hubiera gustado. Mientras guardaba la pluma en su bolsillo tocó el brazalete, y al hacerlo sintió, como demasiadas veces en los últimos meses, que estaba de más allí. *Vámonos*, susurró. Andrzej se negó, indignado; le dijo que tenía el mismo derecho que cualquiera de celebrar su cumpleaños en paz, y donde le diera la gana. Yoel intentó tranquilizarle y le dijo que sí, que por supuesto, pero que mejor en otro sitio. Andrzej reflexionó un momento, preocupado porque en realidad sabía que no había muchos más sitios a los que pudieran ir y en los que Yoel no fuera a sentirse igual de mal que en aquél. Por eso volvió a insistir en quedarse.

Pero los hombres de la mesa de al lado cada vez gritaban más. Y a ellos, se sumaban otros. Las palabras de amor fueron estranguladas por las voces de la intolerancia. Hasta la pareja de enamorados dejó de mirarse a los ojos y se hizo un hueco en el grupo, cada vez más numeroso, de alborotadores. Y Yoel volvió a susurrar, *vámonos*.

La nieve y la noche les recibieron de nuevo, y ellos volvieron a sentirse abrigados y protegidos. Andrzej deslizó la mano en el bolsillo de Yoel y, despacio, tomaron el camino de regreso.